

ría, en la vida y en la muerte. Pensó también en la vida, que es tan lenta, tan pausada. Que nada vive eternamente, ni nada, tampoco, muere por la eternidad.

Que la gente siempre ha intentado caminar más rápido que el mismo tiempo, pero que éste, nunca ha tenido prisa.

Ni jamás lo hará.

Sentado el joven, disfrutando la vida. Disfrutando la familia. Sabía él que nunca la olvidaría. Mucho apego sentía por esas personas, porque no es amor lo que siente aún en su corazón. Es apego, un sentimiento mucho más fuerte que el amor, ya que no es limitado ni hormonal como éste, si no progresivo y fuerte. Tanto como para crear lazos. Como para olvidarlos.

Con el apego, una persona se vuelve parte de la otra. Y eso era lo que él sentía. Porque el apego es familia. Porque la

familia no es sangre.

Sobrinos y hermanos jugaban en el parque. Columpios. Saltos. Niños. Desde lejos se pudo distinguir al viejo. Ropa rara e incómoda. Extrañamente limpia. Se sentó junto a él, y solo una rápida mirada fue necesaria para relatar una historia de cien años.

Solo veía los niños jugar. Escuchando atentamente las risas de la familia. No hacía nada, no hablaba, no se entrometía. Aun así, estaba ahí, y el viejo lo sentía, los sentimientos de una familia, sus lazos, en el ambien-

te, los sentía.

Otra mirada entre el joven y el anciano. Una sonrisa. Idéntica. Felicidad.

El viejo suspira, sonríe, toma su bolso y se va. Y el joven queda maravillado por las cosas que algún día se inventarán. Porque él lo entendió, porque a él lo entendieron. Y solo una persona podría entender.

Reflexionó. Pensó en la muerte, en su propia muerte, y no la vio tan mal. No le afectó en lo absoluto. Porque sabía que nunca olvidaría a su familia, que era lo que él más que-